

ROMPEHUELGAS (TAMBIÉN LLAMADOS “ESQUIROLES”), ¿POR QUÉ?

Byron Batz, Ph.D.

© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este texto, su distribución, almacenamiento o transmisión por cualquier medio, sin la autorización previa y por escrito del autor.

ROMPEHUEL GAS (TAMBIÉN LLAMADOS “ESQUIROLES”), ¿POR QUÉ?

Los rompehuelgas no ayudan.

No rescatan.

Entran en el espacio donde debía sostenerse la solidaridad.

A cambio, reciben un salario.

Un pago temporal por una herida permanente al poder colectivo.

Cuando intento comprender su lugar en la arquitectura moral de la sociedad, me encuentro girando alrededor de un centro vacío. Sus acciones claramente los benefician en el sentido más estrecho: un pago inmediato, un respiro temporal frente a la escasez. Pero incluso ese “beneficio” se siente hueco, como una moneda ganada apagando la luz de otros.

La pregunta “¿Por qué la gente se convierte en rompehuelgas?” no se trata solamente de economía. Se trata de cómo los individuos se sitúan dentro de sistemas de poder, responsabilidad y supervivencia.

Así que pregunto a los rompehuelgas, ¿por qué? ¿Por qué cruzar esa línea?

Podrían decir que es por el dinero, pero esa es la misma respuesta que cualquiera da cuando no quiere mirar más profundamente. Esa respuesta se siente demasiado simple; toda persona que hace lo que haga por dinero podría decir lo mismo.

En mi propia búsqueda, encuentro una ausencia de literatura que elogie a los rompehuelgas. Supongo que esto no es accidental. Es revelador, sin embargo. Ser rompehuelgas es un rol que beneficia a los sistemas, no a las sociedades.

Es difícil, si no imposible, encontrar textos que celebren a los rompehuelgas porque su función es preservar el statu quo del empleador durante un momento de resistencia obrera. Los rompehuelgas no son contratados para resolver un problema social; son contratados para impedir que los trabajadores resuelvan uno.

Por eso la literatura es escasa. No existe un argumento moral coherente que diga que ahogar la negociación colectiva, debilitar el poder de los trabajadores o prolongar condiciones inseguras o injustas... es socialmente beneficioso.

O un acto heroico.

Es beneficioso solo para la compañía que resiste el cambio.

El “beneficio” de los rompehuelgas se enmarca como estabilidad, pero es una estabilidad falsa. Algunos argumentarán que los rompehuelgas mantienen funcionando los servicios esenciales. Pero esta es una justificación superficial. Es la misma lógica que se puede usar de tapar una grieta en una presa de agua con cuerpos humanos.

Mantiene el orden impidiendo la justicia al mismo tiempo.

Una sociedad que depende de rompehuelgas para mantener la “estabilidad” es una sociedad que se niega a enfrentar la inestabilidad causada por la explotación y el maltrato en nombre de las ganancias de capital.

Estos son argumentos de supervivencia, no argumentos morales.

Son los mismos argumentos que la gente usa cuando participa en sistemas que sabe, en privado, que son dañinos: la tensión entre la agencia moral (mis acciones importan) y la coerción económica (mis opciones están limitadas). Los rompehuelgas suelen actuar bajo lo segundo.

Si ser rompehuelgas fuera socialmente beneficioso, veríamos defensas académicas, marcos morales, narrativas públicas de heroísmo.

En cambio, vemos silencio, incomodidad, eufemismos. Esto es lo que ocurre cuando un rol es funcional económicamente pero indefendible éticamente.

“¿Qué dice el hecho de que una sociedad debe contratar personas para ahogar el movimiento de quienes buscan justicia?”

Los rompehuelgas no son un fenómeno natural.

Son un síntoma de un sistema que teme a sus propios trabajadores. Si una huelga es un acto colectivo de rechazo, un momento en que los trabajadores recuperan su agencia retirando la labor que sostiene al sistema, entonces un rompehuelgas no es simplemente alguien que cruza una línea. Interrumpe una conversación que los trabajadores están intentando tener con el poder.

¿Y qué ganan a cambio?

Un salario a corto plazo, sí. Pero es un trato que intercambia dignidad a largo plazo por supervivencia inmediata, o a veces por conveniencia, o a veces simplemente por indulgencia instantánea. Se les paga no solo en moneda, sino en ilusiones: la ilusión de necesidad, la ilusión de neutralidad, la ilusión de que su elección no daña a nadie, la ilusión de que simplemente “hacen lo que deben hacer”.

Pero la mayoría de las ilusiones tienen un costo.

Lo que aparece es la vieja lucha entre la necesidad individual de sobrevivir y la necesidad colectiva de transformar las condiciones mismas de la supervivencia. Un rompehuelgas elige lo primero a expensas de lo segundo, aunque solo lo segundo tiene el poder de remodelar la sociedad de manera que la supervivencia sea menos precaria para todos.

Si existe algún beneficio en el rol del rompehuelgas, no lo recibe la sociedad. Se acumula en el sistema que prospera con individuos aislados en lugar de comunidades organizadas. Y por eso la figura del rompehuelgas sigue siendo tan difícil de redimir: su elección refuerza la maquinaria que mantiene la transformación colectiva fuera del alcance.

El rompehuelgas no es el villano de la historia, sino el síntoma de un sistema que mantiene a las personas lo suficientemente precarias como para traicionar a los suyos. No son villanos tanto como instrumentos, quizá involuntarios, quizá voluntarios, de una lógica que mantiene a la gente dividida, exhausta e incapaz de imaginar un mundo en el que puedan levantarse juntos en lugar de trepar solos.

Todos tenemos razones. Todos tenemos narrativas.

Cada elección que hacemos llega con una justificación, incluso si la justificación se encuentra después. Los humanos rara vez actuamos desde la lógica pura; actuamos desde una mezcla de miedo, ansiedad, esperanza, hábito y las historias que nos contamos para que esos impulsos parezcan coherentes.

Algunas narrativas están arraigadas en la realidad, en una comprensión clara de nuestras circunstancias, valores y responsabilidades. Otras son más suaves, más reconfortantes, historias diseñadas no para revelar la verdad, sino para protegernos de ella.

Y quizá lo más humano es que a menudo no podemos distinguir la diferencia. La narrativa del rompehuelgas es solo un ejemplo. Para cruzar una línea de piquete, uno debe creer en algo que haga soportable el acto: “Necesito alimentar a mi familia.” “La huelga no

funcionará de todos modos.” “Alguien más tomaría el trabajo si yo no lo hago.” “No soy responsable del sistema; solo estoy sobreviviendo en él.”

Estas historias no siempre son mentiras. Pero tampoco siempre son verdades. Son estrategias de supervivencia, refugios psicológicos contruidos en una tormenta.

Por ejemplo, decir “alguien más lo haría” es la misma lógica usada para excusar la participación en sistemas dañinos a lo largo de la historia. Desplaza la responsabilidad hacia afuera, como si la ética se determinara por el comportamiento de extraños hipotéticos y no por nuestras propias decisiones. Un contrapunto refinado sería: “El hecho de que el daño sea posible sin ti no absuelve el daño hecho a través de ti.”

“Alguien más tomaría el trabajo” no es una justificación, es una rendición.

La negociación colectiva comienza con negociaciones privadas que cada uno de nosotros realiza consigo mismo. Ningún sistema perdura por destino; persiste porque suficientes individuos continúan sosteniéndolo, participando en él. Sea cual sea la razón.

Los sistemas de explotación sobreviven porque los individuos asumen que sus decisiones no importan. Pero si nadie aceptara esas condiciones, los empleadores se verían obligados a mejorarlas. El cambio ético comienza cuando alguien se niega a ser el engranaje reemplazable que el sistema supone que es.

Las narrativas no solo justifican acciones; anestesian la conciencia. Nos ayudan a dormir. Nos ayudan a creer que no causamos daño. Nos ayudan a evitar la tensión insoportable entre lo que hacemos y quienes imaginamos ser. La existencia de estas narrativas no hace a las personas débiles.

Las hace humanas.

La verdadera pregunta no es por qué la gente crea narrativas; todos lo hacemos. La pregunta es: ¿qué condiciones hacen necesarias ciertas narrativas? ¿Qué sistemas obligan a las personas a elegir historias que dañan al colectivo solo para preservar al yo?

Cuando la supervivencia es precaria, la consideración moral se encoge. Cuando la gente se siente impotente, se aferra a cualquier historia que le dé agencia, incluso si es una ilusión.

A los rompehuelgas: si creen que la paga generosa, el respeto repentino, la habitación de hotel, el pasaje aéreo, las comidas, el “trato especial” que reciben del empleador es una señal de su valor, deténganse un momento.

Pregúntense: ¿les ofrecerían todo esto si fueran empleados regulares? ¿Los volarían por todo el país para hacer el mismo trabajo que sus propios trabajadores hacen cada día? ¿Los alojarían en un hotel? ¿Les pagarían el doble o triple del salario normal? ¿Los tratarían como alguien precioso, esencial, digno de protección? ¿O es todo esto simplemente el precio de su disposición a romper el poder colectivo de quienes realmente construyeron ese lugar de trabajo?

Porque aquí está la verdad bajo la superficie: no están siendo recompensados. Están siendo utilizados. Son valiosos solo en el momento en que ahogan el movimiento de las personas cuya ausencia da a los trabajadores su poder de negociación.

Les pagan bien solo porque su presencia debilita las demandas de quienes luchan por mejores condiciones, condiciones que ustedes mismos nunca aceptarían del empleador en circunstancias normales.

La corporación no les muestra respeto. Les muestra estrategia. No los trata con justicia. Los trata como instrumentos. Y cuando la huelga termina, cuando los trabajadores ganan o pierden, su trato especial se evapora.

La habitación de hotel desaparece. El salario inflado desaparece. Los vuelos terminan. La atención termina. Porque nunca fueron destinados a quedarse.

Fueron destinados a romper.

Si crees que he sido duro o injusto con los rompehuelgas, deberías leer Ode A Los Esquirols – de Jack London (1876-1916).

Aquí está la primera parte de ese poema:

“Después de que Dios terminó la serpiente de cascabel, el sapo y el vampiro, le quedó una sustancia horrible con la cual hizo a un esquirol. Un esquirol es un animal de dos patas con un alma en forma de sacacorchos, un cerebro anegado y una columna vertebral hecha de una combinación de gelatina y pegamento. Donde otros tienen corazón, él lleva un tumor de principios podridos.”

Y dejé fuera la peor parte a propósito.

El Ode A Los Esquirols de Jack London es una de las piezas más ardientes de retórica del movimiento obrero jamás escritas. London no estaba describiendo a una persona. Estaba describiendo un rol.

Tomó la figura del rompehuelgas y la exageró hasta convertirla en una caricatura grotesca, no porque creyera que cada rompehuelgas fuera literalmente monstruoso, sino porque quería exponer la función que cumplen dentro de un sistema construido sobre la explotación.

En otras palabras, el veneno no estaba dirigido al ser humano individual. Estaba dirigido al mecanismo que convierte a una persona desesperada en una herramienta del poder corporativo.

Un rompehuelgas recibe un trato extraordinario solo porque su presencia ayuda al empleador a evitar tratar a alguien de manera justa. Los beneficios no son respeto; son palanca. La recompensa no es honor; es un soborno para debilitar el poder colectivo.

London usó la furia para hacer ese punto.

La dureza en el lenguaje moral suele surgir cuando lo que está en juego es colectivo, no individual. Cuando la acción de una persona solo la perjudica a ella, hablamos con suavidad. Cuando la acción de una persona perjudica a muchos, recurrimos a herramientas más afiladas.

Mi intento es usar la claridad en su lugar.

El verdadero objetivo no es la persona, sino el sistema que produce las condiciones para la traición. El poema de London es un grito de una época en la que los trabajadores no tenían casi ninguna protección, ningún derecho legal a huelga y ningún recurso excepto la solidaridad. Su lenguaje refleja esa desesperación.

Yo solo estoy interrogando la ilusión del “trato especial”.

La naturaleza transaccional de los incentivos corporativos.

Las narrativas que la gente usa para justificar decisiones dañinas.

Las fuerzas estructurales que hacen posibles esas decisiones.

Rompehuelgas, ¿Por qué?

© 2026 Byron Batz. Todos los derechos reservados.